

IV

Como había dormido una larga siesta, Juan prolongó la velada charlando con sus tíos, con su prima Eugenia y con el pequeño Cristóbal, soñador, minado por el intelectualismo que había impreso en su cara una palidez enfermiza, visible no obstante el atezamiento del aire del mar.

En sendas mecedoras, que al moverse hacían rechinar la arena de la explanada fronteriza al jardín, entre la casa y el seto de rosales exuberantes de flores, estuvieron recordando los días de la niñez, la vida de los parientes ya muertos, toda la historia familiar pasada, llena de melancolía y de atractivo. Aparte el sonido de sus voces, apenas si turbaban el silencio de los campos el chirrido metálico de algún grillo, el maullido triste de un mochuelo que revoloteaba en los árboles próximos y, de vez en cuando, el ladrido de un perro, á gran distancia. Del zaguán inmediato, irradiaba la claridad rojiza de una lámpara de petróleo, que alumbraba débilmente el corro de la tertulia. Más

allá, las sombras se espesaban, confundiendo los términos; y en lo alto, brillaban vivamente miles de estrellas, con parpadeo incesante.

Juan sentía invadida su alma por un reposo inefable. La Naturaleza toda parecía descansar, ó cumplía su labor pausadamente, sin fiebre y sin ruido. Toda excitación nerviosa era allí imposible; apenas nacida, venía á chocar en una especie de muro acolchonado, en el cual se hundía y quedaba prisionera. En vez de las resistencias duras de la vida ordinaria, allí todo cedía blandamente, desarmando el impulso; y la misma paz de aquella familia medio patriarcal, en que todos se querían y todos callaban cuando hablaba el padre, renovaba en el espíritu la ilusión del hogar sin zozobras, sin penas, sin luchas. Súbitamente, recobró Juan el buen humor de sus años juveniles, la risa franca, la broma oportuna, y se dejó llevar de él, llenando de asombro á sus tíos, en quienes la fama de seriedad que Juan tenía había llegado á suponerle incapaz de toda expansión. Animándose los unos á los otros, cada cual dejó ver el aspecto alegre de su carácter: optimista, bondadoso y dicharachero en el tío Vicente; burlón, gracioso y naturalmente poético en la tía Micaela; ocurrente y malicioso en Eugenia y vivamente imaginativo en Cristóbal. Olvidaron todos sus penas y sus preocupaciones. Creyéronse plenamente felices y lo fueron por unas horas, gracias á la hermosa facultad que los buenos de corazón tienen, de olvidar fácilmente lo malo y confiar en su desaparición; y Juan

cada vez se sentía más libre de la pesadumbre que antes le agobiaba, más ligero y lleno de vida, como si retoñasen en él los plácidos años de la juventud llenos de energía, rebosantes de esperanza. Con esa rapidez en el cambio de estados que los nerviosos tienen, la inmensa fatiga se le trocó en plácido reposo, que le refrescaba el espíritu; y túvose ya por curado definitivamente, en posesión de la preciosa panacea en cuya eficacia creyó siempre al huir de Madrid.

Satisfecho, alegre, remozado, vió con pena disolverse la reunión y se fué despidiendo individualmente de cada uno, acompañándoles hasta la puerta de las habitaciones respectivas, resistiéndose á quedarse solo, queriendo prolongar más y más aquellas horas de delicia incomparable. Habíanle alojado en la planta baja, en una inmensa alcoba, la más próxima al jardín é inmediata á la biblioteca, larguísima sala cuyos muros cubrían, hasta el techo, andanas de madera de pino sin pintar, henchidas de libros de viajes, de geografía, de artes plásticas y de novelas: una biblioteca de puro recreo, escogida para solazar y no para excitar el espíritu. Juan no tenía ganas de leer. Por un movimiento casi instintivo en los intelectuales, alargó el brazo, en el primer momento, para coger un volumen; pero lo retiró enseguida, temeroso de ahuyentar, con nuevas impresiones, las que habían traído honda y regeneradora paz á su alma. Abrió de par en par la rasgada ventana de la alcoba, guarnecida de reja, en cuyos hierros venía á enre-

darse una pasionaria; y sentado en la piedra misma del alféizar, aspirando el aroma fuerte del heliotropo y del jazmín que á pocos pasos formaban macizos enormes, siguió gozando de aquella vida nueva, tan lejana de la que le atormentó hasta entonces.

Repasando sus recuerdos literarios, que sin él querer se le venían á la mente, unió su espíritu con el de todos los disgustados de la vida, los que como él huyeron de las « molestias del trato humano » ó de las luchas en que consumen su afán de lucro ó su afán del bien los combatientes sociales, y halló que tenían razón, que sólo en el apartamiento, en la renuncia, en la comunión directa con la vida natural, en la modestia de las aspiraciones, confinadas en los estrechos límites de las necesidades individuales primarias, puede ganarse el reposo, no como descanso para volver á la lucha, sino como estado definitivo, que cada cual procura para sí propio, sin cuidarse de los demás. Se vió entonces enteramente ajeno del mundo en que antes viviera; se creyó otro, maravillándose de haber sufrido tanto por cosas que ahora le parecían indiferentes, inmerecedoras del más pequeño esfuerzo; y apreciando mentalmente el tiempo y el espacio, se le figuró estar á miles de leguas y á miles de años de distancia, de aquel Madrid de sus pasados afanes. Arrojó lejos de sí aquella carga pesada y molesta, y por primera vez en su vida se sintió feliz, sin que la más ligera sombra empañara la embriagadora sensación.

La plenitud de reposo espiritual, trajo consigo la necesidad de reposo del cuerpo. Juan se levantó para acostarse, comprendiendo que iba á dormir dulcemente, sin ensueños ni inquietudes, en descanso verdaderamente reparador. Cerró los cristales de la ventana pero no las maderas, limitándose á correr la cortina, para que los primeros rayos del sol viniesen á saludarle en la cama. Tenía el proyecto de madrugar, de correr los campos en las horas iniciales del día, cuando aun hay frescor de rocío y de brisa de la montaña.

A los pocos minutos de reposar la cabeza en las almohadas, se durmió; pero aquel sueño fué muy breve. Por un resto de excitación, despertó bruscamente á la media hora. Abrió los ojos, asombrado. El rectángulo de la ventana aparecía iluminado por una luz amarillenta y débil. Levantó la cabeza y pudo ver, al través de la cortina y sobre los árboles más altos del jardín, que se destacaban ahora sobre un fondo luminoso, la hoz dentellada de la luna menguante, que parecía próxima á extinguirse. Una impresión de tristeza le invadió el ánimo. Se dejó caer de nuevo, arrebujándose cuidadosamente con la sábana y la colcha. El insomnio vagó largo rato sobre su cabeza soñolienta. Al fin se durmió pesadamente, como cuando, allá en Madrid, tomaba sulfonal para dominar los nervios irritados.

■■■■■■■■■■

V

Y soñó; pero soñó su propia vida, con una limpidez de imágenes, una riqueza de pormenores que, de vez en cuando, al apuntar la conciencia de que aquello era un sueño, le dejaban pasmado y sobrecogido.

Se vió llegar á Madrid, desde un rincón de la sierra de Javalambre, en tierra aragonesa, rico de ilusiones, pobre de dinero, escaso de años y, más que nada, afanoso de saber y de luchar. Eran los tiempos últimos del período revolucionario. Lanzado á sus consecuencias más radicales el despertar político del país, enardecía los espíritus y enconaba los ánimos, á la vez que en el terreno intelectual seguía su expansión, á través de obstáculos que las pasiones multiplicaban, el movimiento de ideas, germen verdadero y sustancia fecunda de la renovación del alma nacional. La Universidad matritense, el Ateneo, la Academia de Jurisprudencia, ardían en discusiones, y la ju-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

ventud se agrupaba fervorosa, impaciente, junto á los grandes maestros de la ciencia libre y á los grandes tribunos de la política. Juan vivió aquella vida intensa, discípulo infatigable de todo el que enseñaba, lector asiduo de todas las bibliotecas, fecundando la originalidad de su pensamiento, á menudo discordante de lo que se afirmaba comúnmente, en el variado comercio de hombres y libros.

Interesábanle principalmente las cuestiones ideales, señalándose con esto la idiosincrasia especulativa de su inteligencia; pero á la vez, el temple fortísimo de su alma aragonesa, por ingénita condición impulsiva y tenaz, sentíase atraído por la acción, por lo heroico de las luchas, é iba creando en él la dualidad que, andando el tiempo, sería la fuente más abundante de sus desengaños y amarguras. Mas, por entonces, no se mezcló en las contiendas de la política activa, que á tantos arrastraban. Según aumentaba su cultura, la realidad iba desplegando ante él la complejidad de su fondo inagotable, atrayéndole con el placer de la verdad por la verdad misma, de la investigación como inefable voluptuosidad, coronada por el espasmo del descubrimiento y por la solitaria delicia de la contemplación intelectual, llena de sorpresas para aquel mozo, adolescente precoz. Exteriormente, en lo que los demás podían ver de los movimientos de su espíritu, Juan llevaba el camino de ser un formidable trabajador de gabinete, sustraído á la vida social, indiferente á

la agitación que pudieran producir sus ideas ó absorto en «teorías», en cosas lejanas de las «impurezas» de la lucha diaria. El mismo Juan lo creyó así. Engolfábase en temas de pura especulación ó de erudición minuciosa, de los que el vulgo dice que no sirven para nada, como no sea para demostrar la fuerza del talento de quien los estudia. Y en rigor, Juan se olvidaba hasta de las necesidades más elementales de la vida, como si eternamente le hubiera de durar aquella condición de estudiante, á cuyas atenciones primarias provee, desde el lejano terruño, un padre solícito que suda diariamente, con gran esfuerzo, el pan que ha de alimentar á su hijo.

Pero si era cierto que Juan rehuía intervenir en el juego activo de la política, ajeno á mitins, conspiraciones y revueltas en que la juventud derrochaba los ímpetus generosos de sus energías vírgenes, sentía fe vivísima en los resultados de un cambio político que, á su entender, llevaría consigo una renovación total de hombres é ideas. Creía en la eficacia curativa de las explosiones populares, en la posibilidad de mudar la faz del país en poco tiempo y llegar á la conquista del derecho de todos. Lo creía con la firme y candorosa convicción de los corazones grandes que, por estar ya ganados á la causa de la justicia, juzgan fácil arrastrar á los demás á una renovación de sentimientos y de conducta, y descartan la incorregibilidad ó la resistencia á la corrección de las pasiones humanas. Y trabajando, trabajando para saber y para dar el

fruto de lo sabido á la reforma de la vida presente, esperaba la hora de la regeneración, que otros impulsaban en la plaza pública.

El desengaño fué terrible. Abortó la República henchida de esperanzas y, tras ella, la Revolución toda. El hermoso ensueño de los generosos, que en los primeros momentos pareció cumplirse, desvaneciéndose como lo que era; y Juan, llorando lágrimas de sangre ante la terrible seguridad de la impotencia de todos para destruir el mal, después de un corto período en que se lanzó á la lucha activa, peleando con la desesperación del que sabe que ha de ser vencido, se encerró de nuevo en la soledad contemplativa de sus estudios, descorazonado, renegando de la acción que no servía más que para destruir ilusiones, para caer de bruces contra los obstáculos eternos de la rutina, de la ignorancia y de la maldad humanas. Todavía no estaba cierto entonces (como luego creyó estarlo) de los defectos propios de la acción misma. Su desengaño fué personal; desengaño de sus propias aptitudes (apenas ensayadas) para aquel género de luchas y de las de quienes, como él, habían combatido á cara descubierta, sin escudo de malicia para su buena fe y su optimismo.

Pero en aquella refriega había perdido la paz del espíritu. Refugiado en la vida intelectual, no bastaba ésta para satisfacerle los anhelos del alma. Por el contrario; cada vez que leía un libro lleno de verdad y de belleza, cada vez que descubría nuevos horizontes en su cultura, sentía, en medio

del intenso placer ideal, un vacío terrible, un desconsuelo inenarrable, pensando que todo aquello era nada sin la acción; que saber mucho no es, en el fondo, más que un egoísmo intelectual si no se refleja en la vida de los otros, mejorándola, aliviando tristezas y dolores, dando placeres á los que no gozan de ellos. Un remordimiento singular de perder el tiempo de esta manera, empleándolo para sí mismo ó en cosas cuya aplicación inmediata no veía, atormentábalo duramente y le amargaba los más felices momentos de su vida de solitario. Iba convirtiéndose, cada día más, en una sensitiva vibrante al menor choque de los dolores y de las necesidades ajenas, que hacía suyas, produciéndole de nuevo la comezón de la pelea, lanzándolo á manifestaciones que contradecían el corte fundamental de su espíritu; de modo que las gentes empezaron á dudar cuál era, en rigor, la característica fundamental de aquel hombre, fuente inagotable de iniciativas.

Una injusticia algo más resonante que las mil que á diario se cometen; un atropello de la autoridad; un desacierto gubernativo que costaba la vida á muchos hombres y cargaba con nuevos gastos á la nación empobrecida; un abuso patronal que hacía más miserable la miseria de los obreros; un acto de fanatismo que revelaba la ignorancia supina de la masa y el engaño de unos cuantos explotadores: cualquiera de las innumerables formas que en el mundo tienen la inhumanidad, el egoísmo, la incultura ó el error, encendían en

Juan cóleras terribles, que acabaron por expresarse en llamamientos á la acción, no puramente negativa, sino reformadora, en que á la protesta enérgica que destruye el mal se unía inmediatamente la idea del régimen nuevo que había de evitarlo en lo sucesivo. Y era cosa hermosísima el ver cómo toda la ciencia trabajosamente adquirida por el que parecía soñar en la soledad de las bibliotecas, se mostraba de pronto abrumadora, convincente, en una aplicación práctica al caso real; mientras que la elocuencia apocalíptica de aquel joven que sin querer ser orador lo era hasta en las conversaciones familiares, tronaba violenta, llamando á la lucha, no sólo ideal, sino material, puño contra puño. Así revertió Juan su intelectualismo á los afanes de la vida diaria.

Pero á medida que pasaban los años, se le iba haciendo menos posible el triunfo. A pesar del arranque, del fuego de indignación que impulsaba su oratoria, cuando llegaba la ocasión de hacer acometía con miedo, no personal y mezquino (ese no lo conoció nunca), sino miedo al fracaso de la acción misma, recelando cada vez más de los otros, de las fuerzas auxiliares, de los compañeros de lucha, y agotándose en el gigantesco y vano empeño de acudir á todo y poner en todo su mano. Cada derrota le restaba auxiliares para el próximo intento, quitándole ductilidad á su espíritu, irritándolo y esquinándolo contra los que no respondían como él quisiera al impulso, haciéndolo rígido y absoluto. Afinado su sentido moral hasta un

grado que haría imposible la vida, fué negando primero su amistad, luego hasta el saludo y, por supuesto, toda concomitancia para la acción y toda alianza aun momentánea, á los que creía — y lo eran, de fijo, casi siempre — malos elementos, hombres nocivos por su egoísmo ó su cobardía. Duro para los mismos á quienes quería redimir, creyendo que mejor se alzarían á trallazos de sinceridad, echándoles en cara crudamente sus vacilaciones, su resignación ante el atropello y sus propios vicios que dificultaban la mejora, que con halagos en cuya eficacia ya no fiaba, despertó recelos en todos y en muchos ese odio que el corrigiendo siente para el que, sin miramientos, le pone delante el retrato de sus lacerías.

La irresistible sugestión de su palabra, cuando estaba presente; la inflexible lógica de sus argumentos; la verdad de sus acusaciones y la seducción de sus planes ricos de ideas, que todavía henchía el invencible optimismo del pensador, parecían mover en un principio á las gentes; pero luego, el recuerdo de los fracasos pasados, la imprudencia de una palabra ó de un gesto, destruían la potente sugestión y la reducían á la nada. Los fieles, los creyentes absolutos en la generosidad de aquel corazón inmenso y en la fecundidad inagotable de aquella inteligencia siempre activa, iban siendo cada vez menos; y Juan volvía á su retiro, con creciente desilusión de los demás y descontento cada vez mayor de sí mismo, sin saber sustraerse á las solicitudes de la lucha y sin creer

(salvo en los momentos de exaltación) que pudiera traer el triunfo. El peso de contradicción tan agobiante; la fatiga de tanto esfuerzo que no hallaba compensación alguna, ni aun en la satisfacción íntima, que no descansaba jamás ni en el deber plenamente cumplido á su juicio, crearon al fin en Juan aquel estado de cansancio constante, para el que buscaba ahora remedio.

Pero el cansancio le perseguía, cuando más seguro estaba de haberlo vencido; y con las formas abultadas del sueño, doblemente dolorosas, se renovaba atormentándolo con la visión de todos sus trámites y la clara conciencia de todos los errores cometidos. El sueño fué acentuando sus líneas y convirtiéndose en pesadilla abrumadora. Perdido ya el hilo de lo real, Juan se vió empeñado en una última lucha formidable, en que era la vida lo que se jugaba. Vió el motín aullando en las calles; se vió él dirigiendo á las masas vengadoras, y despertó sobresaltado al oír la voz de los fusiles y de los cañones que atronaban el aire.

■■■■■■■■■■

VI

En los primeros momentos, dudó Juan si soñaba ó no. Creía estar despierto, sentado en la cama, abiertos los ojos y escuchando atentamente. Volvieron á sonar golpes que parecían en efecto cañonazos lejanos, pero eran rítmicos: primero uno y, tras brevísima pausa, tres, seguidos y más fuertes. Se echó de la cama, y al ir á descorrer la cortina, el sonido dulce y vibrante de unos hierrecillos, acompañado del rasgueo de guitarras, le hizo darse cuenta inmediata de la situación.

— Rondalla tenemos — se dijo recordando las costumbres de su tierra.

Aliviado del peso enorme que el ensueño le había echado en el alma, se vistió rápidamente y abrió con tiento los cristales, para no ser advertido de los músicos. No los vió. Debían estar al otro lado de la casa, junto á la puerta. La luna había desaparecido, y en su vez apuntaba por Oriente indecisa claridad, precursora del día, que sólo lo-

graba empalidecer las estrellas más próximas. El jardín y la explanada continuaban envueltos en sombra. Los golpes fuertes volvían á sonar, mezclados con los del triángulo y las guitarras, en medido acompañamiento; y al punto conoció Juan que eran de un bombo, cuya maza movía mano vigorosa y ligera. Un coro de voces, en el que se notaba haber juntamente hombres y mujeres, entonó la estrofa siguiente, de ritmo lento y suave melodía:

A la Aurora tenéis á la puerta,
pidiendo limosna
si la queréis dar.

No era rondalla profana, desahogadero del buen humor y el ansia amorosa de los mozos, sino rondalla mística, que iba por los campos solicitando la caridad de las gentes para el culto de la Virgen de la Aurora.

Juan no era creyente, á lo menos, en la forma en que lo es el vulgo. Desconfiaba por sistema de todas las exterioridades religiosas, que suelen encubrir la vaciedad de verdadero sentimiento piadoso, ú obedecen á motivos muy diferentes de los que el acto mismo parece expresar. Pero aquel coro que sonaba misteriosamente en las sombras de la noche próxima á su fin, le pareció, no sólo armónico, á pesar de lo ineducado de las voces, sino también hijo de un poético simbolismo que los mismos cantores no comprendían, pero que les avasallaba con fuerza irresistible. Ellos eran, en

efecto, los hijos de la Aurora, que venía á despertarles para que recomenzasen la jornada y fecundaran la tierra que da el pan. El culto de un pueblo madrugador, que se acuesta á prima noche y despierta antes que el sol alumbre, tenía que ser forzosamente el de aquella advocación de la Virgen cristiana que les hablaba del nuevo día, de la luz renaciente, de la vuelta á la vida rumorosa y fecunda. Aquellos hombres y aquellas mujeres, que habían caído rendidos horas antes sobre el jergón de maíz, buscando en el sueño letárgico que da la fatiga corporal nuevas fuerzas para el mañana y suplemento á su alimentación deficiente, hallaban arrestos y entusiasmos en su alma primitiva para quebrar el reposo bien ganado y recorrer el ámbito todo del pueblo, con sus caseríos y barrios diseminados en una gran extensión, llamando á los convecinos á una comunión fervorosa en sus creencias é ilusiones.

Juan no pensó en los motivos secundarios que individualmente podían mover — como siempre ocurre en casos tales — á este ó el otro de los cantores: el inocente afán de exhibición; el espíritu movedido y aventurero, que se goza con las correrías nocturnas; los celos y vanidades de comadres. No veía más que el lado poético y sentimental del acto; la expresión ideal de aquella orquesta rudimentaria y de aquel coro en que la fuerza del sentimiento, más que el arte, acordaba las voces y dulcificaba su natural acritud. En el silencio solemne de la madrugada — la hora más

silenciosa de los campos, — la música adquiría una suavidad que aumentaba la sensación de reposo, de paz angusta esparcida en el ambiente. Tranquila emoción iba inundando el alma de Juan, y borrándole los recuerdos del sueño, volviéndole al estado de felicidad que le dominó durante la velada.

El coro seguía cantando:

Para hacerle una ermita á su hijo
que no tiene casa ni donde habitar.

San Domingo se perdió una tarde,
sus hijos llorosos le van á buscar,
y le hallaron en el Paraíso
cogiendo una rosa del Santo Rosal.

Crujió una ventana al abrirse y la voz de doña Micaela dió las «buenas noches.» Paró la música y entablóse un apagado cuchicheo entre los de la rondalla y la señora. Una mujer empezó á reír, sin duda de algún chiste que se le ocurrió á otro de los del coro; pero se notaba que hacía por contener la risa, cuando menos por apagarla, poniendo una mano delante de la boca. Un hombre dijo: — «Muchas gracias.» — «Adiós», contestó doña Micaela. La ventana volvió á crujir y durante unos segundos reinó el más profundo silencio.

La luz de Oriente iba siendo más viva. Comenzaba á distinguirse individualmente los árboles del jardín. Ladró un perro á lo lejos y en la carre-

tera próxima sonaron los cascabeles y el ruido de las ruedas de un carro. Todavía cantó otra estrofa el coro y luego se oyó el murmullo de un rezo: «Dios te salve, Reina y Madre, Madre de misericordia...» El final se perdió entre el rechinar de los pasos en la arena. Y volvió á dominar el silencio, poderoso calmante en que se sumía el alma de Juan.

Soñador, hondamente emocionado por las impresiones recibidas, dejando vagar el pensamiento libremente á compás del ritmo perezoso del cerebro, que iba adormeciéndose otra vez, siguió en la ventana, sin fuerzas para sustraerse al encanto singular del crepúsculo. Por entre el ramaje de los árboles adivinábase el resplandor rojizo de Levante. El cielo era ya azul en primer término, de un azul débil, transparente. Los pájaros empezaban á cantar cruzando los aires, alborotando y rebullendo entre las hojas. Ahora uno, luego otro, los ruidos familiares del día resucitaban y parecían responderse, de caserío en caserío. Y de nuevo sonó, lejano, como con sordina, el coro de la Aurora, sostenido por los oscuros golpes del bombo y el timbre metálico de los hierros, que ahogaban el rasguear de las guitarras.

En la espadaña de la iglesia, una campana comenzó á dar toques acompasados, llamando á la primera misa.

■■■■■■■■■■